

Handke, a *Ensayo sobre el cansancio*<sup>1</sup>, com una possibilitat de salvació i també com un pont d'unió entre individus. Han farà un recorregut pels diferents esgotaments de Handke, els quals es contraposen en dues branques: un cansament capaç de mirar i un cansament sense mirada ni paraula.

En darrer terme, el cansament de què parla Han no pot esdevenir curatiu. A *La sociedad del cansancio*, s'evoca a un cansament que és constitutiu de la societat en què ens trobem, el qual finalment és considerat allò que separa i aïlla. El cansament de la societat actual és un cansament en solitud (*Alleninmüdigkeit*).

En conjunt, Byung-Chul Han parla en termes de desarrelament d'una societat que s'està ensorrant ella mateixa, tal com passa amb la lluita incessant entre

l'àguila i Prometeu. Podem interpretar aquest text com una indicació subtil sobre el canvi en l'ésser de la realitat present, que, a la vegada, modifica no només la societat com a tal, sinó també l'individu en particular.

Recollint tot el que s'ha dit fins ara, podem parlar de *La sociedad del cansancio* com un assaig que, tot i que descriu els fenòmens socials a grans trets, aconsegueix ser específic en allò que explica. Aquesta lectura ens incita a pensar en el present de les relacions entre individu i societat des d'una òptica ben diferent de la d'altres: des de la proximitat de la vida quotidiana. Tot i la brevetat, el mèrit d'aquesta obra rau tant en l'encertada descripció de la realitat present com en l'expressió del filosofar propi de l'autor, alhora que permet ser llegida per un públic ben divers.

Gessamí Núria Olesa Sancho

Universitat Autònoma de Barcelona

<http://dx.doi.org/10.5565/rev/enrahonar.661>



NANCY, Jean-Luc (2014)

*¿Un sujeto?*

Traducción de L. Felipe Alarcón

Avellaneda: La Cebra, 84 p.

ISBN 978-9873621079

Jean-Luc Nancy (Burdeos, 1940) presenta con *¿Un sujeto?* una vuelta más a su propuesta ontológica crítica del paradigma de la filosofía del sujeto. En ella, se revisa la noción de sujeto cartesiano para intentar desvincularla de una ontología de la sustancia que la mantiene presa para, en su liberación, transformarla en una metafísica de la presencia en la que se priorice la acción por encima de la atribución. Esta prevalencia conseguiría que el tradicional estudio del ser dejara de intentar encontrar, detrás de «aquello que

es», el «qué es», es decir, el fundamento sustancial que da fuerza y consistencia a nuestras aseveraciones cuando las dirigimos hacia cualquier objeto de nuestro entorno, de manera que, tras oraciones tales como «la mesa es roja» o «la historia es amena», ya no busquemos una sustancia a la que atribuirle estos accidentes. En vez de usar el verbo como un modo de afirmar del sujeto lo que significa el atributo, podemos tomar la acepción de *ser* como «suceder», «acontecer» o «tener lugar» y, de este modo, mostrar al ser

1. Peter HANDKE (1990), *Ensayo sobre el cansancio*, Madrid, Alianza editorial, p. 25.

mismo en la acción, es decir, en el acto entendido como acontecimiento. Con este giro copernicano, Nancy reprende a toda la tradición filosófica por hacer del sujeto la suposición o presuposición de lo «Uno», entendido como el sujeto unitario al que le atribuimos todos los accidentes y, para alentar a realizar con él el cambio de perspectiva, analiza la misma suposición como modo de relación del ser consigo mismo a lo largo de la historia. Este análisis, desde Anaxágoras hasta Hegel, tiene como meta ver dónde y cómo se introdujo la impostura y devolver al sujeto su verdadero *ser*. Y es que, tal como él mismo anuncia: «[...] eso a lo que estamos constreñidos a llamar “sujeto”, a falta a veces de otro término para designar a un existente singular expuesto al mundo, no “es” nada que pueda tratarse como el sujeto de atribuciones posibles —X es grande, moreno, erudito, orgulloso...—, sino que “es” solamente en el movimiento que lo expone al mundo, es decir, a las posibilidades de sentido».

De este modo, rastreando las posibilidades interpretativas del sujeto que se han dado a lo largo del tiempo, se descubre que si la explicación misma acerca de «qué es un sujeto» causa problemas es porque, al concebir al sujeto siempre como unidad, lo colocamos en posiciones altamente alejadas de sí mismo, y esta distancia dificulta una comprensión originaria. De estas diversas ubicaciones, dos usos del término resaltan como abandonados de un doble posicionamiento de este lejano traslado. Y es que, por un lado, pedimos al sujeto que sea el garante de todas nuestras representaciones y, por otro, al ver la necesidad de fundamentar ese garante, dividimos al sujeto mismo y lo entendemos también como aquella parte fraccionada que reenviamos al mismo sujeto, siendo de esta forma, también, aquello que el propio garante recibe como objeto a inspeccionar. Un acercamiento más llano al problema se consigue quizás al reproducir el argumento

plotiniano según el cual nos pensamos a nosotros mismos y nos encontramos en nosotros como naturaleza pensante, de modo que esta presupone un pensamiento anterior e introducimos así una suposición bajo la suposición precedente. De este modo, los dos lugares donde queremos hallar al sujeto son, precisamente, allí donde este no se encuentra, es decir, «detrás» del sujeto, como fundamento y garantía de la representación, y «delante», como el objeto mismo de la representación. ¿No falta, empero, reponer al sujeto en su posición central?

Este es el objetivo de ¿*Un sujeto?* y, en él, aparte de un recorrido más pausado y detallado de la historia de los posicionamientos descentrados del sujeto, se puede hallar, en la segunda de sus dos conferencias, una propuesta para devolverlo a la posición que, según el autor, debería ocupar. Sin requerir amplios conocimientos sobre Historia de la Filosofía, guía al lector hasta el llamado «fin del sujeto», en el que el cumplimiento de la clausura hegeliana muestra el final del sujeto como presuposición y postsuposición, y redirige el intento nancyano hacia la investigación de qué nuevo *suppositum* viene ahora que el sujeto entendido como sustancia ha terminado. La discusión, así pues, no abandona en ningún momento al «yo» del sujeto, pero en vez de situarlo «detrás», como fundamento, o «delante», como objeto, lo devuelve al espacio intermedio y actual que se abre entre uno y otro y, en él, deja de discutir «qué es el sujeto» para, aprovechando que lo tiene ahí presente, preguntarle a él mismo «quién es». En la discusión del «quién», se abandona el ámbito de lo cognoscible, es decir, de las afirmaciones y los atributos, para entrar en el campo de lo *fáctico*; de *lo que sucede, lo que tiene lugar*. En esta facticidad, pueden descubrirse como nuevas posibilidades del sujeto la exposición y la mostración como otros extremos de los posicionamientos alejados anteriormente tratados. Estos

nuevos puntos de anclaje que se iluminan permiten, al desplazar la mirada de la sustancialidad a la singularización, entender al sujeto como una suposición del sí mismo que se da en un proceso infinito de autoconstitución y autoengendramiento, es decir, entender al mismo sujeto en la renovación constante de él mismo que su posición «actual» y «presente» exige. Este es el nuevo proyecto que se abre paso entre las fauces de una ontología sustancial que aún se resiste a abandonar sus posiciones, sus puntos fortificados, en el más puro sentido bélico del término.

La revisión que se lleva a cabo no es, empero, una petición radicalmente

nueva, sino un paso más en aquello que ya venía anunciando en *Ego sum*, al recordar que «el sujeto no es como una cosa; tampoco es como *un* ser es, pues su unidad no puede ser contada desde fuera de su afirmación o de su acto de sujeto», pidiendo así que el ser se aborde desde el mismo «alguien» que se anuncia en el momento en el que se anuncia. Siguiendo esta lógica presente, el único sentido válido para esta nueva presuposición del sujeto debería poder obtenerse desde la atestiguación misma de aquel que se compromete atestiguándose. Y es, precisamente, esta estrecha relación con la presencia afectiva la que se investiga y abre caminos todavía por andar.

Laura Rooney Lorenzo

Universitat Autònoma de Barcelona

<http://dx.doi.org/10.5565/rev/enrahonar.660>



SILVESTRE, Federico L. (2013)

*Los pájaros y el fantasma: Una historia del artista en el paisaje*

Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 481 p.

ISBN 978-8490122723

—¿Por qué canta el pájaro?

—Porque tiene una canción.

En apariencia, *Los pájaros y el fantasma* es un libro sencillo. Como el propio autor se encarga de avisarnos, su objetivo consiste en analizar un motivo concreto: «el de la iconografía del artista que se autorreprata en el paisaje». Pero este libro, ambicioso, ampuloso, *nietzscheano* de cabo a rabo, vuela en verdad mucho más alto que eso, engaña incluso al lector con sus apariencias, hace de su instinto investigador la felicidad —y la osadía— de promover una forma de vida, esto es: un camino de existencia.

A la manera del solitario de Sils Maria, Federico L. Silvestre se propone

actuar como un *médico de la cultura*. Más, mucho más que un historiador del arte, o un teórico de la estética, aquí confirmamos una apuesta personal a favor de una *metagenealogía* crítica e histórica que se confronta sin miedo con algunos de los más influyentes sistemas de pensamiento contemporáneo (Freud, Lacan, Rank, Reich, Deleuze y Guattari, Lyotard incluso). Una apuesta fuerte, en todo el sentido, que el autor denomina *psicoanálisis nietzscheano*. Partiendo de esta premisa, y con Nietzsche, pues, como mentor de la travesía, lo que se vislumbrará finalmente es una decidida *filosofía de la mirada*. Los objetivos son, en palabras de Federico L. Silvestre: «trazar un esquema para el arte que matice los tonos de las teorías psicoa-